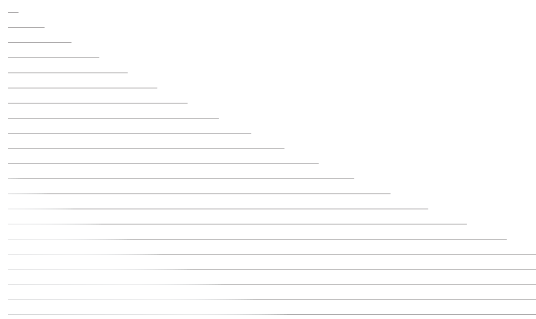




# 73670

TESTIMONIO DE UN SOBREVIVIENTE DE LOS  
CAMPOS DE EXTERMINIO NAZIS



COLECCIÓN  
Testimonios sobre  
DISCRIMINACIÓN

1

© CONAPRED 2007  
73760  
*Testimonio de un sobreviviente  
de los campos de exterminio nazis*

Entrevista y adaptación literaria  
Lourdes Díaz

Fotografías  
Museo Histórico Judío  
y del Holocausto Tuvie Maizel:  
17, 21, 23, 33, 37, 41, 45  
Lourdes Díaz:  
portada, 11, 49, 53  
Fotoarte: alejandropo

Edición  
Arturo Cosme

CONAPRED  
Dante núm. 14, col. Anzures,  
Del. Miguel Hidalgo,  
11590, México, DF  
ISBN 970-9833-44-8

Se permite la reproducción total  
o parcial de este material previa  
autorización por escrito.

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

## Índice

Presentación -	
GILBERTO RINCÓN GALLARDO .....	5 -
Yo, Salvador .....	11 -
La no vida en el gueto.....	17 -
Resistencia .....	21 -
Auschwitz: el inframundo.....	23 -
La marcha de la muerte .....	33 -
Cicatrices .....	37 -
Chocolate.....	41 -
La carta .....	45 -
Nadie vuelve del paraíso .....	49 -
Reflexiones 60 años después .....	53 -
Directorio .....	58 -



## Presentación

Para oprobio y desgracia de nuestra especie, una de las figuras más relevantes del siglo xx –sin la cual sería imposible entenderlo y entendernos– es la de Adolf Hitler Pözl. Se trata de un hombre que, al menos en la primera mitad de su vida, fue profundamente mediocre: abandonó su educación formal a los 16 años, al haber sido rechazado por la Universidad de Linz; reprobó en dos ocasiones el examen de ingreso a la Escuela de Bellas Artes de Viena, donde pretendía estudiar pintura y arquitectura; vivió en un albergue para indigentes, mientras ganaba algunas monedas pintando pequeñas postales que un compañero vendía; prácticamente no tenía amigos ni vínculos amorosos; leía única-

mente libros en los que estaba seguro de confirmar sus convicciones: nunca puso en cuestión sus puntos de vista; no fumaba ni bebía; algunos investigadores afirman que tenía horror a las relaciones sexuales: en todo caso le eran indiferentes. Ante la perspectiva de la Primera Guerra Mundial huyó de Austria para no ser llamado a filas; poco después, en Múnich, fue declarado “no apto para el servicio militar”. Sin embargo, al estallar el conflicto bélico se alistó como voluntario en el ejército alemán, donde fue condecorado por su valor con las cruces de hierro de segunda y primera categorías, si bien sólo logró ascender a cabo —el escalón más bajo de la jerarquía castrense después de soldado raso. A pesar de que en campaña fue respetado por su temeridad, era sumamente impopular: sus camaradas detestaban la actitud servil que tenía hacia los mandos —“Respetar al superior, no contradecir a nadie, obedecer a ciegas”, son las palabras con las que él mismo describió su conducta en la guerra— y sus jefes desestimaron una posible promoción, calificándolo de “histérico” y “psicótico”.

Ahora bien, ¿cómo podemos entender que alguien con tales características llegara a ser en poco tiempo la persona más poderosa de Europa, capaz de arrastrar a todas las potencias del mundo a un abismo sin precedentes en el que se perdieron 60 millones de seres humanos?

¿Qué condiciones tuvieron que confluír para que un tipo de tal mediocridad suscitara el odio y la veneración de cientos de millones de individuos? Desde luego no es este el sitio apropiado para aventurar respuestas a un problema que, por lo demás, quizá nunca tenga una definitiva. Lo que sí conviene apuntar es que, al margen de otros factores —políticos, económicos, históricos, etcétera—, Hitler no hubiese podido perpetrar su nefanda obra sin la complicidad y el poder del que lo invistió un monstruo mucho más antiguo y popular que él: la discriminación.

En efecto, es innegable que este espía de poca monta pasó de agitadorcillo de cervecería a ser el *führer* de Alemania, entre otras cosas, por peyorar lo que la gente deseaba oír: que el desastre germano en la Gran Guerra era culpa de los extranjeros, de los *bolcheviques*, de los judíos, de las razas y seres inferiores —personas con discapacidad, eslavos, gitanos, negros, homosexuales, adultos mayores—, del régimen de partidos que impedía con sus divisiones la unificación de la raza superior históricamente destinada a gobernar el mundo, y de un gobierno *no viril* que con su debilidad concomitante les permitía existir a todos ellos. Se trata, como puede advertirse, de uno de los catálogos más completos sobre los grupos vulnerables a la discriminación (por migración, raza, edad, sexo, preferencia sexual, nacionalidad, creencias políticas y religiosas), y na-

da en él fue inventado por Hitler. Antes bien, el éxito de sus interminables monólogos sólo puede comprenderse porque esta voluntad de exclusión, que niega derechos y suprime —en este caso hasta el límite— las oportunidades de las personas, preexistía en la cultura alemana, en la de toda Europa e incluso a escala mundial, sirviendo como caldo de cultivo para que anidara el *huevo de la serpiente*. Esta lección histórica, al tiempo infame y elocuente, no debe perderse de vista por aquellos que piensan que el problema de la discriminación es secundario y casi irrelevante. Por desgracia, solemos tropezar no dos, sino innumerables veces con la misma piedra.

¿Cómo ayudar a evitarlo? La historiografía nos alimenta con fechas, datos y sucesos relevantes, lo que hace que a menudo olvidemos que la materia prima de la historia son las vidas de los seres humanos. La colección “Testimonios”, que el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) inaugura con este título, tiene como finalidad resarcir nuestra memoria en tal sentido y, para ello, le da la palabra —o mejor dicho, se hace eco de la palabra— a quienes han vivido directamente el flagelo de la discriminación. Esperamos que esta visión auténtica de las cosas, tal como fueron vistas por sus protagonistas, nos devuelva —a pesar de la parcialidad que ello implica— la dimensión subjetiva del problema social que enfrentamos.



Agradezco a Joshua Gilbert la generosidad y paciencia que hicieron posible esta obra y propongo al lector que se disponga a *escuchar* con atención su testimonio.

**Gilberto Rincón Gallardo**





## Yo, Salvador

¿Que “cuántos nazis<sup>1</sup> maté”? Es la pregunta que más me ha molestado en todos los años que llevo dando conferencias, pláticas y entrevistas sobre el holocausto. Haber estado preso en Auschwitz, el campo de exterminio judío, no me puso en una posición privilegiada para matar a mis verdugos. Aunque tuve la oportunidad, no soy como ellos, no soy un hombre de venganza. Simplemente me di la media vuelta.

Joshua, Salvador, simplemente *Shie*. El polaco, el judío, el mexicano, el número 73670. Ése soy yo. El que sobrevivió a la matanza producto del odio y la discriminación. El mismo que nació en un poblado cerca de Varsovia y alguna vez tuvo padres, hermanos, sobri-

<sup>1</sup> *Nazi* o *nazista* proviene de la contracción de la palabra alemana *Nationalsozialismus*, que significa nacionalsocialismo. Este término fue acuñado por Joseph Goebbels, ministro de Propaganda alemán durante el mandato de Hitler para referirse a los miembros del Partido Nacional Socialista.

nos. El que los vio llegar al matadero en el primer tren que arribó a Auschwitz con judíos polacos, llenos de temor, engañados.

Polonia era mi hogar, el de la gran mayoría de los judíos europeos en la década de los 30. El 10% de la población no parecía significativo; sin embargo, tres millones y medio de judíos no es poca cantidad. Los más con un oficio: artesanos, albañiles, electricistas, plomeros, mecánicos. Mi familia se dedicaba a los muebles: mis padres, dos hermanos, tres hermanas y yo. En ese tiempo se acostumbraba así, heredar el oficio del progenitor. Los mayores trabajaban en la fábrica mientras mi hermana menor y yo incursionábamos en escuelas de profesión. La preparación de oficio tenía su chiste, estaba controlada y era muy requerida. El que se dedicaba a los muebles tenía que cursar cuatro años en una escuela especial para después presentar un diploma que lo avalara. ¡Qué poco sabíamos entonces de las circunstancias tan duras que tendríamos que vivir!

Joshua, el que recuerda los tiempos cuando convivíamos los polacos: católicos, judíos, comunistas, mujeres, hombres. Claro que había diferencias, pero nos respetábamos. ¡Qué importaba la religión si podíamos jugar fútbol, compartir en la escuela, hacer bromas sobre las cosas que nos hacían distintos! Como cuando de camino al colegio los colegas cargaban las mochilas de las muchachas sin interesar las particularidades; a lo más, cuando los celos lo requerían, les gritábamos entre risas: “¡Es judío, de todos modos no te vas a casar con él!” O cuando en el fútbol nos en-

frentábamos en un partido de primera división un equipo judío con uno católico, después del juego la rivalidad pasaba al plano de lo no trascendente.

En el colegio todo era normal. La religión era una materia como cualquier otra, se impartía a los judíos y católicos por separado y hasta nos hacían examen: el que no lo aprobaba no pasaba de año. Pero esa no era una razón suficiente para odiarnos, mucho menos para hacernos daño. En el trabajo, el comercio, con los vecinos, era igual. ¡Qué le importaba al mecánico o al carnicero que el cliente fuera de tal o cual creencia! No se tomaba en cuenta. Si bien algunos discutían sobre asuntos religiosos, sólo quedaba en el ámbito de la palabra, de los conceptos. No faltaba quien dijera: “Mi Dios es más fuerte que tu Dios”, cosas de esas que no salían de las charlas de sala.

Polonia tiene una tierra muy fértil, por eso los polacos siempre fuimos muy cuidadosos de la agricultura. Sin embargo, existía la desventaja de tener vecinos como los alemanes y los rusos, dos pueblos beligerantes. Por tal motivo ya estábamos acostumbrados a los ataques, aunque nunca tuvimos mucha experiencia militar. Pero no nos imaginábamos que la Segunda Guerra Mundial nos iba a afectar en tal magnitud.

La palabra *holocausto* viene del idioma antiguo y por ella se entiende cuando un pueblo más fuerte y de mayor número de habitantes ataca a otro más débil y menos preparado para la guerra; cuando la discriminación llega a tal grado que se propone aniquilar a toda una raza. Los judíos hemos tenido varios holocaustos, pero nunca uno parecido a éste.

Hitler, el austriaco que llegó a Alemania con pocos estudios y mucha astucia, aplicó el conocido y muy efectivo refrán “divide y vencerás”. Él sabía el riesgo que representaba un ataque cara a cara, así que preparó el plan de aniquilamiento de los judíos con la discriminación, los guetos<sup>2</sup> y los campos de concentración. Todo comenzó con propaganda oculta en las estaciones de radio: en primera instancia insultos y amenazas de muerte si cruzábamos la frontera. Hacía correr rumores sobre nuestras costumbres y tradiciones: que si el pan especial que comemos en las pascuas estaba hecho con sangre de niños católicos, que si éramos tan sucios que necesitábamos una limpieza a fondo. Pensó que el camino para destruirnos era que las personas tuvieran aversión hacia nosotros. Los comentarios en la radio eran muy fuertes, decían que no teníamos derecho a vivir, que los judíos éramos los culpables de los males de la humanidad y por eso debíamos morir. Hitler fue un hombre sin ninguna educación, no terminó ni siquiera la primaria, pero fue tan hábil que involucró al pueblo alemán en un genocidio que de otro modo su cultura nunca hubiera permitido.

¿Teníamos miedo? ¡Claro que teníamos miedo! El *führer*<sup>3</sup> amenazaba con exterminar a todos los judíos, pero nosotros pensábamos que tal locura no era posible: ¡nada más de escolares había un millón y medio! Nos preguntábamos: “¿Cómo va a matar a tanta gen-

<sup>2</sup> Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*: “Judería marginada dentro de una ciudad”; y “Barrio o suburbio en que viven personas marginadas por el resto de la sociedad”.

<sup>3</sup> *Führer* significa “líder” y era la palabra con la que se designaba a Hitler.

te?” Nadie le creía, pero en el fondo teníamos temor. Los chicos de mi edad, es decir, los que rondábamos los 19 años, estábamos más dispuestos a la defensa personal que los mayores, quienes estaban casados, tenían familia y debían preocuparse por ella.

En ese tiempo pensamos en defendernos y los que teníamos oficios nos pusimos de acuerdo. Por ejemplo, como yo era carpintero y trabajaba con muebles, sabía manejar el hacha, y con eso podía protegerme. De la misma manera el sastre con sus tijeras, el mecánico con sus pinzas o el carnicero con su cuchillo. Nos hicimos el propósito de vivir y resistir hasta donde pudiéramos. En la calle se podía ver a las niñas portando sus tijeras de juguete para defender a sus padres si venían los nazis a matarlos. Estábamos dispuestos a enfrentarlos hasta con los dientes y a llevarnos por lo menos a uno de ellos por delante antes de rendirnos. Por supuesto que ocultamos esta actitud para no parecer sospechosos ni amedrentados, pero no contábamos con que Hitler era tan maquiavélico que cuando los nazis invadieron Polonia dejaron de amenazarnos de muerte, con el objetivo de que bajáramos la guardia y atacarnos de otra manera.







## La no vida en el gueto

A partir de la invasión del ejército alemán a Polonia, éste se dedicó a mermar nuestra capacidad moral y física, porque una persona fuerte y mentalmente sana podía defenderse y se convertiría en una amenaza. Por eso nos concentraron en guetos. Levantaban muros de tres y medio metros de alto más o menos y hacían que todos los judíos entráramos ahí. El de Varsovia era el más grande, pero los había en los pueblos con mayor población.

Ahí los nazis dieron rienda suelta a la humillación, vejación y discriminación abiertas, gozaban avergonzándonos. Al principio nos adornaron con unos parches redondos y amarillos, más o menos de 10 u 11 centímetros, en el pecho del lado izquierdo y en la espalda del lado derecho. Usaban ese color porque para ellos representaba desprecio. No era nada agradable

andar por la calle con los parches como una señal de condena a muerte. Sólo los niños pequeños, de hasta cuatro o cinco años, estaban exentos de esta medida. Nos sometían a la violencia emocional y física: teníamos que bajar de las banquetas para que ellos pasaran, así que nuestra ropa y zapatos se ensuciaban con lodo. Debíamos saludarlos en voz alta y quitarnos el sombrero: “Buenos días, mi querido amigo”, y ellos nos respondían con insultos: “Maldito judío”. El dolo y la burla estaban presentes en todo momento: obligaban a las personas a desnudarse en la calle y las forzaban a bailar y cantar para divertirse.

Matar se convierte en adicción y vicio. Eso sucedió con los nazis, querían cada vez más. Se lanzaban en manadas a asaltar de noche las casas de los judíos, violaban a las mujeres delante de sus familias. Los califico como “manadas” porque, ¿cómo se puede llamar a un grupo de siete bestias que ultrajan a una muchacha de 16 años? Después del cuarto agresor la chica ya estaba muerta, pero eso no les impidió llevar a cabo su fechoría, la golpeaban y le escupían. Sucedían cosas muy dolorosas y humillantes, gozaban martirizándonos. Era así como querían vernos: maltratados, desmoralizados, cargando auestas la impotencia de ser excluidos en nuestro propio país por el simple hecho de profesar una religión distinta.

Todo esto deterioraba la fuerza moral. Al principio estábamos deshechos, pero después esa situación se convirtió en algo normal, porque vinieron cosas peores. Sacaban a nuestros abuelos de sus casas, improvisaban una horca y los colgaban en la calle para ponerles

un letrero donde nos amenazaban de muerte si no los obedecíamos. Quemaban edificios enteros con sus habitantes dentro. En una de estas ocasiones una mujer desesperada les pedía que salvaran a su pequeño hijo, que gritaba en el interior. Los nazis fingieron conmoverse y acercaron una manta para recibir al infante cuando saltara del departamento en llamas; sin embargo, al lanzarse lo recibieron con disparos de bayonetas. Estaban adiestrados para hacer sufrir.

Nos hacían trabajar día y noche sin darnos de comer. Por supuesto, la gente moría de hambre y de frío, pues las temperaturas eran de 15 a 17 grados bajo cero, no teníamos con que abrigarnos y sufríamos palizas. Era común encontrar en las calles montones de cadáveres que no eran enterrados porque no había quien lo hiciera ni donde sepultarlos, lo que desató epidemias. La única forma de conseguir doctores y medicinas era fuera del gueto; entonces los niños pequeños se escondían debajo de los tranvías, arriesgando la vida para buscar ayuda. Todos estábamos muy débiles por la falta de alimento. Antes de la guerra yo pesaba más de 80 kilos; un año y medio después, al salir del gueto, pesaba 46 kilos. La situación era tan desesperante que mucha gente optó por el suicidio.

Mi padre murió en esa época. Perdió la vida por esconder a personas enfermas en nuestra casa: cuando los nazis lo detectaron, lo condenaron a muerte. Él tenía una fuerza física extraordinaria, y a pesar de que le amarraron las manos por detrás en la horca, logró soltarse y salir con vida. Existe una disposición internacional que indica que no se puede sentenciar a muerte

dos veces a una persona. Sin embargo Adolf Eichmann, el segundo de Hitler en el “asunto de los judíos”, giró la instrucción de llevar a cabo la ejecución. Aunque los verdugos alemanes se resistían a cumplir la orden, tuvieron que hacerlo. Medio siglo después, el oficio con la instrucción de la ejecución contra mi padre llegó por correo a mi domicilio en México: lo doné al Museo del Holocausto en el Distrito Federal.<sup>4</sup>

El tiempo no regresa, el pasado no se puede modificar. A la distancia mucha gente me pregunta: “¿Por qué no se defendieron?” La razón es muy simple: el pueblo judío nunca se distinguió por ser bélico. Al analizar las similitudes y diferencias entre la religión católica y la judía... ¡Jesucristo también era judío! Nos enseñaron a hacer lo mismo que él, a poner la otra mejilla cuando nos golpeaban. Hitler lo sabía y se aprovechó de que el judío no tenía una educación para defenderse a sí mismo. Sin embargo, hicimos lo que pudimos.

<sup>4</sup> El Museo Histórico Judío y del Holocausto está ubicado en Acapulco 70, primer piso, colonia Condesa, Delegación Cuauhtémoc, México DF, CP 06100.



## Resistencia

En Polonia el segundo idioma era el alemán. No es que se hablara en las calles, lo aprendíamos en la escuela. A mí me fue de mucha utilidad cuando estuve en la resistencia polaca. Quizá por mi edad o por el deseo de terminar con el infierno que mi gente estaba viviendo me involucré en eso. También lo hizo mi compatriota Karol Wojtyla,<sup>5</sup> quien era de mi edad; ambos participamos activamente, cada quien por su lado, para combatir como pudimos al fascismo nacionalista.

Yo boleaba zapatos en el gueto y cuando los nazis se acercaban para que les diera grasa a sus botas, por lo general se sentaban de dos en dos. Escuchaba sus conversaciones y como ellos no sabían que yo entendía su

<sup>5</sup> Karol Wojtyla (1920-2005) nació en Polonia y participó en la resistencia de ese país en contra de la invasión nazi. Fue conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, en el cual permaneció hasta el 2 de abril de 2005, día de su muerte.

idioma, charlaban con confianza. En muchas ocasiones llegué a enterarme de sus planes y de los lugares que iban a atacar e inmediatamente les avisaba a los compañeros para que pudieran escapar y esconderse. Esto era muy peligroso, porque si me hubieran descubierto seguro perdía la vida. Una vez, sin pensarlo, le pedí un cigarro a uno de ellos y como le extrañó que yo hablara alemán, me cuestionó, tuve que inventarle que mis padres eran alemanes para que no sospechara y aun así me preguntó de qué provincia éramos, porque yo hablaba raro. Hasta me indujo para enrolarme en el ejército alemán, me dio la dirección y yo sólo atiné a mostrar un poco de interés y retirarme inmediatamente.

Tres millones y medio de judíos estaban reclusos en los guetos; tan sólo en el de Varsovia había medio millón. La situación era desoladora, el hacinamiento, las enfermedades... Además, había muy pocas familias completas, la mayoría habían perdido cuando menos a uno de sus miembros. Vivimos cosas muy difíciles. Hitler lo sabía e incluso llegó a decir que los mismos judíos le pedían que los matara... Y desgraciadamente fue cierto, pues la gente prefería morir a sufrir de esa manera.

Él aprovechó eso, nos engañó y nos propuso ir a Alemania a trabajar. Su argumento fue que como sus compatriotas estaban defendiendo el país, las fábricas estaban abandonadas, así que requerían de nuestra ayuda. Nos prometió casas y escuela para los niños, prestaciones: en resumen, una vida mejor. ¿Qué teníamos que perder, la vida en el gueto? No le teníamos confianza, pero tampoco teníamos otra opción.





## Auschwitz: el inframundo

Así fue como mi familia y yo llegamos al campo de concentración el 7 de noviembre de 1942, en el primer transporte de judíos polacos. El viaje fue sumamente difícil, sobre todo porque para completar el engaño y hacernos creer que llegábamos a Alemania, un trayecto de tres horas al pueblo llamado Oswiecim en la misma Polonia, que después los nazis bautizaron como Auschwitz,<sup>6</sup> se convirtió en un *via crucis* de tres días sin aire, comida ni agua. Muchas personas murieron en el tren.

Al bajar de los vagones vimos un letrero: “*Arbeit Macht Frei*” (“El trabajo os hace libres”). No tardamos

<sup>6</sup> Auschwitz fue el principal campo de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. Estuvo situado en la provincia polaca llamada Oswiecim, nombre que al invadir Polonia los nazis cambiaron por Auschwitz. Estaba dividido en tres secciones Auschwitz I, Auschwitz II (Birkenau) y Auschwitz III (Monowitz).

mucho tiempo en descubrir la ironía que esa frase encerraba. El humo que salía de las chimeneas me hizo pensar en lo productivas que eran las fábricas a las que nos íbamos a incorporar. ¡Qué doloroso fue descubrir que ese humo era de los cuerpos de mis hermanos que se consumían en el fuego!

Cuando llegamos, los nazis soltaron pastores alemanes para que nos apuráramos y no huyéramos. Mujeres, niños, adultos y ancianos corrimos despavoridos. Algunos fueron atrapados por los perros, los cuales habían sido adiestrados para brincar al cuello, morder y matar. Durante mi estancia en el campo, los guardias de la ss<sup>7</sup> a diario iban acompañados de sus perros cuando nos llevaban al trabajo.

Inmediatamente después hicieron una selección rigurosa entre gritos y empujones. Los grandes reflectores nos cegaban, pero no nos impedían ver que nos amenazaban con látigo en mano. A los que consideraban débiles o enfermos y a los niños los apartaban con el pretexto de que iban a bañarlos y quitarles los piojos. A mis dos hermanos les ordenaron ir al lado izquierdo; a mi madre y a mis tres hermanas, junto con sus seis pequeños, les dijeron que subieran a un camión para que las llevaran a las casas en las que vivirían y llegarán pronto. Ese mismo día en la noche supe que sí habían llegado pronto y primero que nadie... a

<sup>7</sup> ss es la abreviación alemana de *Schutzstaffel*, que significa "cuerpo de protección". La ss fue una unidad paramilitar del Partido Nazi alemán fundada por los miembros de la *Sturmabteilung* (SA) "división de asalto" en 1925 para cumplir las funciones de guardia personal de Adolf Hitler y vigilar las reuniones de ese partido. Hitler le dio a la ss la jurisdicción sobre todos los campos de concentración y le permitió vigilar y controlar día a día todos los países conquistados por Alemania durante la guerra.



las cámaras de gas. Moisés e Isidor, mis hermanos mayores, y yo, corrimos con una suerte diferente.

Los que ingresábamos éramos registrados y recibíamos un número de identificación que nos tatuaban en el antebrazo izquierdo, como animales. El mío fue el 73,670, lo que quiere decir que llegué entre los primeros 100,000. La cifra quedaba en lugar del nombre y del apellido, porque no teníamos derecho a mencionarlos. Muchos años después de la guerra, cuando me encontraba a algún sobreviviente, bromeábamos con nuestros números: él me preguntaba: “73,000, ¿cómo estas?” Y yo le respondía: “Bien 74,000, ¿a qué te dedicas...?” Pero no sabía mi nombre ni yo el suyo. Ese número pasó a ser parte de todos nosotros de por vida.

En los campos de exterminio no sólo estábamos presos los judíos, sino todo aquel que no correspondía con el estereotipo de la superioridad aria o no comulgaba con las ideas de Hitler; es decir, había gitanos, homosexuales, presos políticos, comunistas, cristianos, sindicalistas, personas con discapacidad física e intelectual, soldados soviéticos, etcétera. Para tipificarlos, los nazis tatuaban un triángulo cambiando el color en cada caso. Por ejemplo, el triángulo rojo se ponía a los presos políticos, verde a los criminales, negro a los presos por sabotaje, violeta a los homosexuales. Los judíos portábamos, además del número, el triángulo rojo. En mi caso, debajo del número tengo un triángulo, lo que significaba “reo peligroso”, por haber estado en la resistencia. Era una marca para que tuvieran cuidado conmigo, porque tenía el antecedente de ser revoltoso.

Con el afán de humillar y desmoralizar a los judíos, además del número y el triángulo rojo que nos diferenciaba como presos políticos, nos hicieron otro triángulo, cubriendo el primero, pero invertido y de color amarillo, con lo cual se formó la estrella de David. Esta fue una gran equivocación de Hitler, porque al tener nuestro emblema, teníamos esperanza.

Los nuevos preguntábamos a los demás presos: “¿Cómo se hace para salir de aquí?”, y la respuesta era siempre un movimiento negativo de cabeza y el dedo índice señalando a la chimenea de los crematorios, con lo cual entendíamos que no había manera de escapar. La entrada por el portón, la salida por los crematorios. Estábamos sumamente asustados. Nos contaron cómo eran las cosas en el campo y las leyes no escritas a las que teníamos que atender para intentar sobrevivir.

Había tres factores a los que uno debía sobreponerse para tener alguna oportunidad. El primero y más urgente era la comida. Los alimentos que nos daban en el campo eran de mala calidad y sobre todo nos los racionaban increíblemente. Después de terminada la guerra, al enterarse los organismos internacionales de lo que comíamos, calificaron el trato de “inhumano”, pues calcularon que una persona con esa dieta y los trabajos a los que nos sometían sólo podía vivir medio año.

No encuentro las palabras para explicar lo que fue el hambre en ese lugar. La falta de alimento llegaba a tal extremo que uno era capaz de matar a un compañero para arrancarle un pedazo de pan. Cuando se trataba de comer nadie respetaba a nadie. La ley era

recibir el alimento e ingerirlo inmediatamente, porque cualquiera podía arrebatártelo.

La segunda condición para sobrevivir era evitar los trabajos fuertes y difíciles, porque con el estado alimenticio que teníamos, dedicarse a cargar piedras o cemento significaba la muerte segura.

La tercera era evitar los castigos de los nazis, es decir, los golpes o los azotes, y eso sólo se lograba obedeciendo cabalmente lo que nos imponían: no llegar tarde al trabajo, no robar la comida a los compañeros. En este último caso el castigo mínimo eran tres latigazos. Claro que dependía también de quién pegara, porque había guardias que mojaban el látigo con punta de piedra para que penetrara más en el cuerpo, en ocasiones hasta nos arrancaba la carne. Los golpes eran tan fuertes que por lo menos en tres semanas uno no se podía sentar, amén de los que recibían condenas más fuertes, siete o 15 latigazos; 25 era el número máximo de azotes permitido para una persona; sin embargo, uno era quien tenía que contar cada laceración, y si te equivocabas, había que empezar de nuevo. La mayoría de las veces la suerte decidía quién flagelaba: había quien se ensañaba, pero también hubo quien no pegaba tan fuerte.

La suerte me favoreció en las selecciones que los nazis hacían por lo menos tres veces al mes debido a la llegada de nuevos presos, más fuertes y útiles. A la izquierda o a la derecha, la clasificación era al azar. A los alemanes no les importaba si eras apto para el trabajo o no: tenían que entregar 8,000 personas diariamente a las cámaras de gas. Estábamos tan acostumbrados que ya ni siquiera nos esforzábamos, como al princi-

pio, para parecer sanos. ¿Cuántas selecciones pasé yo en tres años? Todos sabíamos que los de la izquierda morirían... afortunadamente siempre estuve del lado derecho.

Los nazis siempre nos trataban con groserías. A los prisioneros que llevaban a las cámaras de gas les gritaban: "Piojosos, mugrosos, no pueden estar en Alemania sin bañarse". A lo lejos se veían las regaderas, había bancas que tenían números. Mis amigos del pueblo trabajaban en las cámaras de gas; cuando entré a ellas me contaron todo. A los presos les hacían creer que iban a bañarse para evitar el pánico y problemas en el proceso. Los ayudantes se ponían máscaras, entraban a las cámaras con los presos para que éstos no sospecharan. Antes de que comenzara la descarga de gas se escabullían. Cada cámara mataba a 2,000 personas en una sesión. Eran cuatro cámaras, así que en total se asfixiaba a 8,000 personas diariamente.

Dentro del campo había todo tipo de fábricas. Existía una para hacer piezas de ajedrez. Yo trabajé allí un tiempo por provenir de una familia de artesanos. Una vez me castigaron porque no hice bien una figura, entonces me llevaron a la fábrica de ladrillos. Pero no trabajé. Como castigo me colocaron una tabla en la espalda con 30 o 50 tabiques; debí llevarlos a 200 metros, allí me los quitó un guardia y se los colocó a otro prisionero para que los regresara al lugar de donde los había tomado. Era para molestarnos. Los juegos de ajedrez que hacíamos eran cientos o miles en un mes. Todos esos juguetes eran para que los soldados nazis se entretuvieran mientras descansaban de matar.

Conocí todo Auschwitz porque estuve ahí tres años. También me tocó trabajar en la fábrica Deutsches Ausrüstungs Werk (Fábrica de Equipo Alemán, DAUW), asignada a trabajos militares. Allí hacíamos piezas para armas. Pero nosotros nunca hicimos un arma, eso lo hacían los alemanes. Había otro taller donde se trabajaba en un artefacto nuevo llamado V-2 (el antecedente del misil, que se utilizó para bombardear Londres); se terminó de construir pero, para mal de los nazis, hasta cuando acabó la guerra.

Había químicos entre los prisioneros. Ellos sabían por su profesión que allí mismo se hacía el zyklón-B, el gas del ácido cianhídrico que se empleaba en las cámaras de gas. Además, había una nave dedicada a la fabricación de ropa militar para los nazis. Todo lo que se hacía allí no era para los prisioneros, sino para el ejército alemán. También se hacían experimentos con los cautivos; por ejemplo, ensayos con los órganos de las mujeres: muchas de ellas quedaron estériles y las sobrevivientes no tuvieron descendencia directa, se vieron obligadas a adoptar niños.

En el campo había diferentes sectores, pero el peor era el llamado "México". Nadie quería ir allá: los piojos y las pulgas te comían vivo; además, estaba marcado por epidemias, suciedad y hambre. En contraste, la zona conocida como "Canadá" era el lugar que todos los prisioneros deseaban visitar: ahí regalaban la ropa extraída de las cámaras de gas al final de la jornada. En los bolsillos se podían encontrar restos de comida o monedas.

Es lógico pensar que en tal extremo de sufrimiento, la mayoría no estábamos bien de la cabeza, esperába-

mos un milagro. Yo le hablaba a mi papá, que ya había muerto, y le pedía, le exigía, una explicación. Estaba tan trastornado que lo escuchaba contestarme lo que tantas veces me dijo en vida: “Con un oficio nunca vas a tener hambre, pero tienes que buscarlo, no va a llegar solo”. Fue entonces cuando comencé a pensar en mis delirios: “¿Cómo voy a trabajar de carpintero si estoy en un campo de concentración?” En ese momento envidiaba a los zapateros, porque cualquiera de los nazis necesitaba una compostura de zapatos. No les pagaban con dinero, hubiera sido absurdo, pero les retribuían con un pedazo de pan.

Yo nunca fui fanático en cuestiones religiosas, pero durante la guerra y la estancia en el campo de concentración nunca perdí la fe. Sabía que eso era lo que Hitler quería, así que nunca renegué de mi religión, aunque me daba mucho coraje que Dios permitiera que mataran a los niños haciéndolos entrar en la cámara de gas cantando porque les decían que allí iba a haber una fiesta, cuando en realidad les esperaba la muerte.

La desesperación y el instinto de supervivencia me llevó a hablarles a los alemanes; a una distancia prudente, porque si me acercaba demasiado corría el riesgo de acabar con un tiro. Les gritaba en alemán: “Yo soy barnizador. Si alguien tiene muebles dañados yo los reparo y barnizo para dejarlos como nuevos”. Al principio no me hacían mucho caso, pero hubo alguno que se acercó a preguntarme si efectivamente sabía barnizar, me llevó a su casa, me compró el material y yo hice mi labor.

Mientras trabajaba, el olorcito de la comida en la cocina ¡me sabía tan sabroso! No me daban de comer porque estaba prohibido. Sin embargo, cuando el hombre regresó y vio el mueble como nuevo, no lo podía creer: “¿Qué es eso?, ¿cómo es posible que lo hayas dejado así?” Yo le expliqué que ese era mi oficio desde la niñez y él quedó muy satisfecho. Sabía que lo que yo esperaba como pago era algo de comer, pero también que no podía alimentarme abiertamente porque hasta sus familiares podían denunciarlo. Como no fue la última vez que trabajé para él, en las ocasiones subsecuentes le gritaba a su mujer: “Vieja, ya sabe usted que a este judío hay que darle los trastes sucios para que los lave, usted ya no tiene por qué hacerlo”. Esa era una especie de clave entre ellos para que me dieran los desperdicios: carne, sopa, todo lo que sobraba me lo daban, como a un animal, lo cual agradecí porque para mi era un manjar. De esta forma logré allegarme un poco más de comida de la que nos daban en el campo y cubrir la primera condición para sobrevivir.

Mejor alimentado podía pensar con mayor claridad. Entonces busqué la manera de evitar los trabajos demasiado duros. Yo estaba asignado en el comando encargado de los rieles del tren que llegaba a Auschwitz, había que recorrerlos. Nadie puede imaginarse el peso de esos rieles, de sólo verlos causaba pavor el tamaño. Yo pensaba: “No voy a poder cargar algo así”, pero teníamos que hacerlo. Nos formaban en línea, hombro con hombro y a la cuenta de tres debíamos levantarlos. Yo siempre buscaba colocarme entre dos rusos, que eran más altos y fuertes, así que cuan-

do sacaba mi hombro para cargar ni siquiera tocaba el acero: era yo bastante chaparro. No me enorgullezco de eso. Por el contrario, me da vergüenza porque eran mis compañeros, pero yo quería sobrevivir. De esta manera, y con el trabajo en la fabricación de armas, logré escapar de los trabajos pesados.





## La marcha de la muerte

Los nazis siempre fueron cobardes. Cuando el ejército ruso se acercaba a Auschwitz sabían que estaban perdidos y trataron de eliminar todas las evidencias de sus crímenes, pero no les dio tiempo. Así que decidieron huir 10 días antes de la llegada del enemigo y llevar con ellos a todos los presos que podíamos todavía caminar con rumbo al campo de concentración de Mauthausen,<sup>8</sup> ubicado en Austria. Sin embargo, dejaron en Auschwitz miles de enfermos que no podían casi moverse.

“Marcha de la muerte”, así denominaron los alemanes esta nueva tortura, durante la cual nos hicieron caminar semidesnudos en el crudo invierno de enero,

<sup>8</sup>- Mauthausen-Gusen fue un grupo de 49 campos de concentración nazis situados en torno a la pequeña localidad de Mauthausen, en Austria. Fue usado sobre todo para el exterminio de intelectuales, gente culta y miembros de las clases más altas de los países dominados por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.



que es la época de frío más intenso en Europa, por tres semanas, día y noche, sin comida ni agua, y lo peor: sin dormir. El comando estaba compuesto más o menos de 58,000 presos. Delante iban las mujeres y dos kilómetros atrás avanzábamos los hombres. El sueño nos dominaba y lo hacía a tal grado que uno se despertaba cuando chocaba con el compañero que iba delante; sólo el instinto nos hacía seguir. Mi hermano Moisés andaba a mis espaldas y durante el trayecto intentó calentarme sobándome la espalda y abrazando mi torso. Me mantuve despierto todo ese tiempo porque a los que se atrasaban o caían los mataban inmediatamente. Los nazis, al lado de las filas, nos custodiaban montados en motocicletas con canasta, en la que un oficial nos apuntaba con una metralleta. Ni hablar de los que murieron de hambre y de cansancio.

Nosotros tuvimos que enterrar a los muertos. No nos agradaba, pero de alguna manera lo hacíamos voluntariamente porque eso nos daba la oportunidad de descansar un momento. Al ir avanzando, encontrábamos montones de cadáveres de mujeres que teníamos que sepultar también. Uno hacía las cosas porque no le quedaba de otra y además rápidamente porque no nos permitían entretenernos demasiado.

Así fue como conocí a B, en un cerro de cuerpos femeninos esperando ser enterrados. Ella yacía entre las occisas y de pronto se sentó, abrió los ojos y me miró. Le hable en polaco y me respondió. Nos preguntábamos mutuamente qué había sucedido, por qué ella estaba entre las muertas. Después nos dimos cuenta de que el tirador había fallado al dispararle, pero por

el susto B se había desmayado. Los nazis la aventaron junto con los cadáveres fuera del camino y, cuando estábamos por enterrarla, despertó.

Mis compañeros y yo nos preguntamos qué hacer con esa joven. Sabíamos que nos dirigíamos a otra parte y supusimos que, como en Auschwitz, habría un lugar para mujeres y otro para los hombres, pero mientras tanto y para que no se dieran cuenta los que nos vigilaban, cada uno de nosotros le proporcionó una prenda masculina de las que vestíamos y la llevamos caminando con nosotros haciéndola pasar por hombre.

En el peregrinar cruzamos varias ciudades: Cracovia, la capital de la antigua Checoslovaquia, hasta llegar a las montañas de los Alpes austriacos, donde se encontraba el campo de Mauthausen. ¿Por qué estaba situado este campo en los Alpes y por qué nos llevaron allá? Porque era un buen lugar para esconderse. Los aliados podían destruir Auschwitz, pero no podían destruir todos los Alpes para capturar a los nazis. Allí fue donde mi hermano Moisés murió y donde nos arriesgamos a confesarle a los alemanes que habíamos encontrado a B y la habíamos traído caminando con nosotros. Yo pensé que me iban a matar por ir en el grupo que la rescató, pero no fue así; por el contrario, inmediatamente se la llevaron porque Mauthausen no tenía un apartado especial para mujeres: la llevaron a un burdel para nazis.

En el nuevo campo estuve cuatro meses trabajando en la fábrica, donde aprendí a elaborar armas. Para ese entonces yo pesaba sólo 36 kilos. Transcurrido ese pe-

riodo nos liberaron los estadounidenses. Cuando supimos que los alemanes habían perdido la guerra, muchos regresamos a buscar a los nazis que nos custodiaban y los encontramos. Uno de ellos me besaba las botas pidiéndome que no le hiciera daño porque tenía esposa e hijos. Yo me llené de coraje y le grite: “¿Crees que todos los que mataste no tenían familia?” Pero me di la media vuelta y lo dejé hablando solo, porque uno también puede engendrar sentimientos de ira.

En ese momento pude haber vengado a un sobrino mío que tuvo la mala suerte de nacer cuando empezó la guerra. Como los nazis prohibieron el nacimiento de niños judíos en esos años, tuvimos que encerrarlo en el sótano de la casa. Yo bajaba a platicar con él, tenía tres años y a la luz de una vela le contaba cómo eran las cosas fuera del oscuro lugar al que estaba confinado. Le hablaba del sol, las personas y otros niños como él. No me prestaba mucha atención porque le comentaba cosas que él no conocía y por lo tanto no comprendía. Desgraciadamente cuando nos llevaron a Auschwitz murió con todos los demás en la cámara de gas. Es un recuerdo muy doloroso, pero matar a los nazis no era el camino, porque hubiera sido una matanza sobre otra.



## Cicatrices

B sobrevivió. Cierta día se encontró con un hombre. Al mirarse y acercarse, ambos se desmayaron. Nos preguntamos qué sucedía. Cuando logramos reanimarlos nos enteramos de que él era su esposo: los habían separado en el campo de concentración. Después del hallazgo, ellos estuvieron juntos un par de semanas, al cabo de las cuales B se esfumó. Su esposo y los más cercanos nos volvimos locos buscándola y tratando de adivinar las razones de su desaparición. No supimos su paradero.

Para llegar a Israel yo debía cruzar Italia, pero no pude llegar a mi destino porque la tierra destinada a los judíos estaba dominada por Inglaterra y no me permitieron entrar. Fue por eso que me instalé dos años en Italia.

Allá se formó una organización mundial llamada UNDARRA<sup>9</sup> que ayudaba a los refugiados del holocausto. Nos daban medicinas, porque todos estábamos enfermos. También nos auxiliaron con casa y sustento. Aprovechamos toda la ayuda que nos daban. En ese momento me enfrenté a un problema: yo no hablaba italiano. El polaco y el alemán, que eran los idiomas que yo dominaba, no se parecen en lo más mínimo al italiano. Sin embargo, siempre me preocupaba por darme a entender.

Para familiarizarme con el idioma todos los días iba a ver películas. No comprendía lo que decían, pero al ver las imágenes me imaginaba lo que hablaban. Al pasar de los meses empecé a hacer amistad con las jóvenes italianas, tenía 25 años de edad, creo que por eso se acercaban a mí. En la isla de Capri, por ejemplo, a las chicas nativas les gustaba que yo las enseñara a nadar... ¿Quién iba a creerles que no sabían hacerlo? ¡Lo hacían mucho mejor que yo! Esto de andar con las muchachas me ayudó a aprender el italiano, lo que me urgía porque uno no podía andar entre la gente sin hablar. Además, tomando en cuenta que ingresé al campo de concentración a los 22 años y salí con 25, había estado totalmente ausente de la vida sexual, por lo que tenía muchas ganas y curiosidad de acercarme a las jóvenes. Las escuchaba hablar, igual que en las películas, y las imitaba. Así comencé a instruirme, interactuando con las mujeres y buscando filmes.

<sup>9</sup> UNDARRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration, Administración de las Naciones Unidas de Socorro y Reconstrucción) fue creada en 1943 como consecuencia de los grandes desplazamientos humanos ocasionados por la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Acostumbraban en las provincias, a la mitad de la función de cine, hacer intermedios donde se presentaban artistas que querían darse a conocer: algunos cantaban, otros contaban chistes y había quien tocaba un instrumento. También esto me interesaba porque me ayudaba en mi aprendizaje del italiano.

En una ocasión, en la ciudad italiana de Bari, al encender las luces en el intermedio de una película, ¡cuán grande fue mi estupor al ver que la chica sentada a mi lado era B! Al momento nos sorprendimos los dos y platicamos de todo un poco. No me animé a preguntarle por qué había huido o que había sucedido desde que desapareció. Sin embargo, ella me hizo prometerle que yo no iba a decirle a su esposo que nos habíamos encontrado, a cambio de que ella me contara la razón por la que huyó.

En aquel tiempo Italia era muy pobre y nosotros recibíamos una pensión en dólares como refugiados. El tipo de cambio era de 300 liras por un dólar, lo que nos hacía de alguna manera millonarios: 500 dólares en moneda italiana eran una fortuna. B vivía en la casa de una familia italiana a la que con su pensión ayudaba sobre todo con la compra de víveres; ellos la apreciaban mucho.

Ella me invitó a pasar a su cuarto en aquella casa para platicar. Yo le juré delante de la *Biblia*, como acostumbramos los judíos, lo que habíamos acordado. Después le pedí que me contara lo que había sucedido con ella, por qué se había esfumado. B comenzó a desvestirse. Era muy hermosa, pero yo me sorprendí y le dije: “No venimos a eso, tu esposo es mi amigo”. Ella



me miró y me explicó: “No te traje para hacer el amor contigo: para contarte la razón por la cual me fui tengo que desnudarme”. Así lo hizo y me mostró debajo de su pecho un tatuaje en alemán: “Prostituta número xxxx”. Me reveló que en las dos semanas que había estado con su marido después de haberse encontrado todo estaba muy bien, pero a la larga él se hubiera dado cuenta del tatuaje; por eso prefirió cortar con la relación y huir para no ser encontrada.

Me contó de los difíciles días que pasó recluida en la casa de mala nota donde mujeres judías atendían a los nazis. Me refirió la humillación y el miedo que sentía cuando los alemanes, al salir del *servicio*, llenaban una hoja de calificación de la muchacha con la que habían estado. Si el sujeto en cuestión declaraba que la chica se había portado rejeja o no lo había atendido a su gusto, al momento la mataban.

Al final de nuestra entrevista B me comentó que se iría a otro lugar, pues yo sabía su paradero. Nos despedimos como amigos, no sin antes recordarme el juramento que le había hecho. He pecado en tantas ocasiones que pensé que no tenía por qué cargar con el secreto, y apenas llegué a mi casa llamé a su esposo y le conté todo lo que había pasado. “Ahora arréglatelas tú”, le dije. Él fue a buscarla, pero ella ya no estaba ahí. A final de cuentas el que busca encuentra y él la localizó, porque Italia no es un país muy grande. Hablaron y llegaron al acuerdo de no tomar en cuenta el pasado, se reconciliaron. Esta es una de tantas historias que encontré en mi camino de Europa a México.





## Chocolate

Cuando terminó la guerra, a todos los lugares donde había campos de concentración y refugiados llegaron reporteros de muchas nacionalidades. Nosotros no queríamos hablar con ellos porque era una forma de revivir todas las amargas experiencias que acabábamos de sufrir. Estábamos totalmente deshechos física y moralmente, no queríamos atenderlos, huíamos cuando se acercaban.

Entre los periodistas llegaron los de un diario *Yiddish*,<sup>10</sup> preguntando si había judíos entre los sobrevi-

<sup>10</sup> El *yidish* (o *jiddisch*, según la grafía alemana) es el idioma que hablaban las comunidades judías del centro de Europa (los *ashkenazim*). Si bien toma la mayor parte de su sintaxis y léxico del alemán, tiene importantes préstamos de lenguas eslavas y del hebreo; se emplea habitualmente el alfabeto de este último para su escritura. Hoy, tras la virtual extinción de la población judía centroeuropea a causa del holocausto, sobrevive casi exclusivamente como lengua folclórica; los ancianos *ashkenazim* aún lo emplean entre ellos, pero su uso —en otra época intenso en las colonias de inmigrantes judíos en Argentina, Estados Unidos y otros países— es residual entre las generaciones más jóvenes. Algunas escuelas judías, sin embargo, aún enseñan el idioma.



vientes. Yo les dije que lo era: de cualquier forma se iban a dar cuenta porque vestíamos harapos a través de los cuales se veían los números en nuestros brazos. “¿De qué se trata?”, pregunté; cuando me dijo que era reportero me di la vuelta. Ellos no entendían por qué los evadíamos. Cuando yo le explicaba nuestras razones se acercó uno de sus compañeros para ofrecerle un pedazo de chocolate. ¡Yo casi había olvidado que existía el chocolate! Le pedí un pedazo y me lo entregó completo. Mientras comía el premio, le respondí todo lo que me preguntó. Mis amigos se acercaron al ver el chocolate, porque se les antojó, y comenzamos a soltar todo lo que nos había pasado.

Me pareció muy curioso que los periodistas nos hicieran una pregunta, que a mis compañeros y a mí nos parecía un tanto ilógica. Querían que les dijéramos qué debía hacer el mundo para evitar una tercera guerra mundial. Yo les exponía: “Qué puedo opinar si soy un cero a la izquierda”. Entonces me explicaron que era una encuesta que estaban haciendo a diferentes personas en varios idiomas. Como me habían regalado el chocolate debía decirles algo, les respondí alguna tontería.

Pasaron un par de semanas y los reporteros volvieron contentos y con regalos, me dijeron que había sacado el primer lugar por la respuesta que había dado, pero yo ni me acordaba lo que había respondido. Sin embargo, era rápido para leer *yídish*, el idioma que hablábamos los judíos en Europa: miré el periódico en la mano del reportero y con identificar sólo unas líneas recordé lo que había declarado. Fue una respuesta que

hoy día no me hubiera atrevido a dar. Lo que yo sugería es que cerraran todas las escuelas del mundo. Parece absurdo, ¿no? Mi razonamiento era que la educación debía llegar hasta el nivel primaria porque, ¿quién desarrolla el armamento como bombas, aviones, etcétera? Pues la gente culta, la que tiene estudios universitarios. Entonces, si no hubiera escuelas, no habría gente preparada para crear eso. No quería decir que no iba a haber guerras, sin embargo la gente pelearía con palos o piedras, como antes, y con esto se evitaría otra guerra mundial. Esta fue la respuesta que para ellos valió darme el premio.





## La carta

En Italia se desarrolló una mecánica muy interesante con respecto a los refugiados. Como nosotros no teníamos una dirección fija, en las oficinas de correo sacaban listas de gente que buscaba a otras personas. Diariamente nos deteníamos a ver si alguien nos buscaba. Yo no lo hacía con regularidad porque había perdido a toda mi familia, no había nadie que me buscara.<sup>11</sup> Sin embargo, ayudaba a un amigo mío de apellido Goldstein a buscar en las listas, porque él ya había encontrado a su familia en Estados Unidos y le mandaban sobre todo comida y eso era más caro que el oro... cuando llegaba el cargamento nos repartía.

Mi apellido, Gilbert, también empezaba con G y en una ocasión, buscando “Goldstein” en las listas, hallé

<sup>11</sup> Más tarde me encontré con mi hermano Isidor, a quien daba por muerto, y que sobrevivió increíblemente a los campos de exterminio.

mi nombre. Me sorprendí mucho y pensé que eso no podía ser. Les platiqué a mis amigos y fuimos al correo, porque ahí tenían una carta para mí. Yo les dije la verdad, que no tenía familia ni nadie que me buscara. Ellos, con el afán de ayudarme, me preguntaron si no tendría algún familiar que se hubiera ido a América –nosotros escuchábamos “América” e inmediatamente decíamos que sí, todos queríamos ir allá porque Europa estaba llena de guerra. Los del correo se dieron cuenta y me dijeron que no sabían lo que decía la carta, pero que me la iban a dar de todos modos. Me pidieron que recordara si algún pariente se había ido a América Latina. Fue en ese momento cuando recordé a una tía, hermana de mi madre, que se casó y emigró a Latinoamérica por la situación económica. Cuando ella partió yo tenía sólo cuatro años, ¡qué iba yo a saber de ella! Sin embargo, sí recordaba que cuando llegaban sus cartas a la casa mi mamá las leía y lloraba porque su hermana se había ido, como decía ella, a “lugares donde tiembla”. Ya tenía un dato –“donde tiembla”–, aunque no lograba recordar el país.

Los del correo mencionaban nombres de países y cuando dijeron “Honduras”, grité: “Sí, Honduras. Recuerdo que fue Honduras”. Se miraron y me entregaron la carta; cuando la miré decía “México”. Al cuestionarles por qué me daban la carta si el país que dije no coincidía, me pidieron que mirara bien. En la carta la dirección decía: “Honduras número 35”. ¡Qué curioso, me acordé de la calle y no del país! No sé la razón, pero a la distancia creo que el motivo es

que “México” en polaco se escribe diferente, *Mexic*, en cambio “Honduras” se escribe igual.

A final de cuentas la carta llegó a mis manos y yo me puse en contacto con mi tía. Me preguntaba cómo fue que esa carta había llegado, cómo se había enterado mi tía de que yo estaba vivo. En esos años los periódicos publicaban listas de los nombres y ciudades natales de los sobrevivientes, con la esperanza de que las familias pudieran reunirse. Pues resulta que en Estados Unidos un paisano mío, es decir, alguien oriundo de mi pueblo natal, vio mi nombre en un diario y como él sabía que mi tía vivía en México le mandó el periódico. Así fue como ella se enteró que yo radicaba en Italia.

Mi tía me propuso venir a México, previa advertencia de que “nada de temblores”. Me dijo que acá conocería a mis primos. De cualquier manera yo no tenía más familia y los ingleses no me dejaban entrar a Israel, así que decidí visitar este país por dos meses. No pensaba hacer una vida aquí porque tenía toda la intención de luchar por el Estado israelí en vistas de las difíciles circunstancias que nuestro pueblo había tenido que pasar, empezando por su dispersión alrededor del mundo y el holocausto. Estaba convencido de que tenía que llegar a Israel.

La despedida que me hicieron en Italia fue maravillosa. Mis amigos se ataviaron con mantas blancas, sombreros de paja y huaraches, corrían alrededor de mí y gritaban: “¡Ajúa!” Esa era la imagen que ellos tenían de México. Cuando llegué les mandé fotografías y les expliqué que la ciudad era grande y preciosa. Nadie me creía.







## Nadie vuelve del paraíso

Llegué a México, con permiso de estancia por tres meses, a los 27 años. Mi familia me trató muy bien y pasamos agradables momentos. Con mis primos fui conociendo la vida en este país; no tenía permiso de trabajar, pero tampoco pensaba quedarme, entonces me dediqué a aprender de la gente, era lo menos que podía hacer después de haber estado encerrado por tantos años.

Aquí conocí a mi esposa, ella es mexicana, su familia vivía por la calle de Peralvillo. Su padre fue de origen ruso y su madre polaca, así que al principio ella tampoco dominaba muy bien el español; sin embargo tuvo la buena intención de enseñarme a mí, que en absoluto conocía el idioma. Por ejemplo, me llamaba la atención algo que ella decía cuando por descuido yo tiraba algún objeto: “¡Lo vas a tirar y se va a caer!”, y

yo pensaba: “Bueno, si lo tiro pues se cae, ¿cómo está eso?” Ella también estaba aprendiendo de oído el idioma. Recuerdo otra anécdota: cuando salíamos a pasear, a veces a cenar o a bailar, caminábamos tarde por las calles sin ningún temor. Cuando nos encontrábamos a algún borrachito que le lanzaba piropos, yo estaba listo para pegarle, pero ella me explicó cómo eran las cosas aquí.

Yo le comenté mis planes de ir a Israel y mis razones para hacerlo. Ella estaba de acuerdo, pero se embarazó y los propósitos se pospusieron un año. Después de nuestro primer hijo, vino una niña y así nuestra familia fue creciendo.

Aquí en México yo me dediqué a fabricar uniformes deportivos, escolares y para obreros. En algún tiempo también escribí en *yidish* para algunos periódicos internos, no precisamente de circulación abierta; me pagaban por ello y el dinero siempre hacía falta.

Seguía escribiendo a mis amigos y contándoles cosas maravillosas de este país. Les mandaba fotos de la Catedral, de la Alameda, Bellas Artes, pero no me creían. Ellos me respondían: “¿Es broma, verdad?” Y yo les decía: “México es un paraíso. ¿Han visto a alguien regresar del paraíso?, pues yo tampoco lo voy a hacer”. Dios me mandó aquí porque es una bonita ciudad.

Lo que sucede es que a Italia, y a toda Europa, llegaban películas de rancheros, con disparos, pistolas y gritos. Tiempo después ellos comprobaron lo hermoso que es México porque venían a visitarme muy seguido; ahora ya no vienen porque están más *rucos* que

yo. En ese tiempo íbamos a Ixtapan de la Sal, nos divertíamos mucho.

Mi esposa y yo cumplimos ya las bodas de oro, tenemos tres hijos y dos hijas, muchos nietos, y hace algunos días nació nuestro primer bisnieto. El único problema que tengo yo con mi familia es cuando hay un partido de fútbol en el que se enfrentan Italia y México, porque todos le van a México y yo le tengo que ir a Italia, porque siempre tiene que haber un contrario. Eso sí, si yo gano no me pagan, pero si ellos ganan hay que cumplir.

Yo amo México porque aquí me hice, y no lo cambio por ningún otro país por muy desarrollado que sea, empezando por Alemania o Inglaterra. ¿De qué les sirve ser del primer mundo si no tienen sentimientos?, son personas secas. En cambio un mexicano no es capaz de hacer daño, habla de corazón. Algún día que tuve un accidente automovilístico la gente que estaba en las calles o en sus casas vino a auxiliarme. En México la gente es capaz de ayudar en cualquier sentido a las personas. Llevo ya 58 años viviendo en México, tengo muchos amigos y compadres. Nunca pensé en regresar porque mi esposa es mexicana, mis hijos y mis nietos también, incluso yo nací cuando llegué a este país. Por eso a cualquier lugar al que voy presumo de ser mexicano. ¿Quién me iba a molestar por racismo si aquí no existe eso?





## 60 años después

Hablar de las experiencias que los judíos vivimos durante el holocausto no es fácil. Entre nosotros, los sobrevivientes, lo hacemos. Cada quien tiene una historia diferente, aunque al final siempre es la misma: el sufrimiento. Solamente entre nosotros lo platicamos, porque las vivencias dolorosas ya las pasamos y ¿para qué hacer sufrir a otras personas con nuestros relatos? Sin embargo, ahora yo escribo sobre el holocausto para diferentes revistas; no uso mi nombre, sólo mis iniciales. Si no hablo yo, que fui un testigo, ¿quién lo va a hacer?

Hoy en día yo no sería capaz de ofender a los alemanes porque todos somos humanos y los jóvenes de ahora no tienen por qué pagar condenas debido a que sus abuelos o bisabuelos fueron unas bestias. Se trata de algo que yo pregonó y trato de explicar al mundo entero: que el camino no es odiarnos unos a

otros, sino respetarnos mutuamente. Esto de las corrientes neonazis que han surgido son tonterías, y si son de una nacionalidad diferente a la alemana es más absurdo todavía. Tengo muchos amigos en el Colegio Alemán y en la embajada de ese país: son personas correctas y muy normales. Creo que el nazismo no debería haber existido; sin embargo sucedió y pagamos con nuestras vidas.

Existen muchas versiones de por qué Hitler odiaba a los judíos. Yo puedo dar mi opinión también. Creo que Hitler llegó a Alemania de Austria con ideas interesantes de lo que conocemos como socialismo; sin embargo, quiso que éstas beneficiaran sólo a los alemanes. Por esta razón se hacía llamar nazi: “nacional socialista”. Sonaba muy bonita esta idea de quitarles a los ricos para darles a los pobres, como Robin Hood, pero los alemanes que tenían una posición económica acomodada no estuvieron muy de acuerdo y comenzaron a ponerle obstáculos políticos. Era lógico porque pensaban: “¿por qué voy a darle a los pobres si yo trabajé toda mi vida para ganar lo que tengo?, que los demás trabajen para obtener lo suyo”. Este fue un problema para Hitler, quien empezó a perder terreno ya que la gente no estaba tan entusiasmada con sus ideas. Pero él se dio cuenta de que casualmente los ricos eran judíos y cambió su sistema. Ya no les quitaba a los ricos para los pobres, sino que les quitaba a los judíos para los pobres... y todos los demás se callaron.

Así fue como nació el odio hacia nosotros. Además, al ir avanzando la Segunda Guerra Mundial se dio cuenta de que en cualquier país europeo al que invadía

no faltaban los judíos ricos. Y a un pobre no le importaba de dónde le traían el dinero; eso le ayudó mucho para ganar adeptos.

A veces la gente me pregunta por qué los polacos católicos no hicieron nada para defendernos, que si también nos odiaban. Yo les respondo que fue una situación muy compleja. En Polonia Hitler pudo mezclar la religión con el pasado. Es decir, las versiones bíblicas de los tiempos de Jesucristo no favorecen a los judíos y él aprovechó eso para poner a los católicos en nuestra contra y dividirnos.

No era precisamente que los católicos tuvieran una consigna casi religiosa de denunciar a los judíos, no. De pronto los nazis venían a una casa judía y se llevaban a toda una familia, nadie sabía quién los había denunciado, podía haber sido uno de los amigos de la familia, algún cliente o un vecino no judío. Pero también hubo polacos católicos que murieron por defender o esconder a los judíos y sus nombres están en las listas de los héroes y mártires del holocausto. Muchos de los sacerdotes católicos polacos fueron llevados a las cámaras de gas porque Hitler sabía que eran líderes, pues en los pequeños pueblos eran conocidos y tenían influencia sobre la población, así que para evitar insurrecciones los llevó al exterminio.

Un caso muy conocido fue el de Karol Wojtyła, quien a pesar de ser católico luchó con nosotros en la resistencia y logró salvar a muchos judíos. Sin embargo, creo que la herencia antisemita de Hitler permeó en la población polaca porque, terminada la guerra, 40 familias judías regresaron a sus lugares de origen y

fueron los mismos polacos quienes los mataron por no querer entregarles sus pertenencias.

Lo que sí puedo decir es que Pío XII, el papa de aquel tiempo, no sólo no nos ayudó sino que nos perjudicó mucho. El Vaticano tenía una estación de radio y una delegación de judíos italianos fue a pedirle al papa que a través de este medio de comunicación mandara un mensaje a los católicos, no para que escondieran judíos, pues esto ya significaba involucrarse en cuestiones políticas, pero sí para solicitarles que no ayudaran a matarnos. Los judíos y los católicos nos conocíamos, convivíamos, lo que se pretendía era que no nos denunciaran o entregaran. Sin embargo, el pontífice respondió: “No lo puedo hacer porque mi amigo Hitler se puede molestar mucho”. Esto fue muy atrevido de su parte. Además, se le podía ver en muchas fotos abrazado del *führer*.

Uno puede suponer cosas... Si en aquel tiempo hubiera sido Wojtyła el dirigente de la Iglesia Católica se podría pensar que por lo menos un millón o un millón y medio de niños se habrían salvado, porque ellos no usaban los parches. Ahora las cosas en cuanto a la religión son distintas: si una persona católica se quiere casar con alguien de religión judía no hay problema, no es necesario que alguno de los dos se convierta a la religión del otro. Viene el rabino de parte del judío y el sacerdote de parte del católico y los casan. Las dos religiones conviven en familia.

Todo esto en Europa está muy controlado. Yo estuve hace algunos años en Varsovia, en la sinagoga, y me encontré con que la mayoría de la gente estaba rezan-



do en polaco, cuando la costumbre era rezar en hebreo, aunque no lo entendiéramos; muchos sólo leían sin comprender el significado, solamente repetían, pero así nos educaron. El hecho de que la gente ahora reze en polaco me llamó la atención. Me acerqué y le pregunté a un muchacho: “¿Qué está pasando?, ¿por qué rezas en polaco, no sabes hacerlo en hebreo?” Él me contestó que ahora estaba permitido rezar en el idioma de uno. Eso fue lo que en su tiempo hizo mi camarada Wojtyła, lograr que cada quien rezara en un idioma que pudiera comprender y no repitiera sólo como perico.

Este mismo chico me contó que su abuelo declaraba no tener familiares. Fue entonces cuando sospeché que podría ser uno de los tantos judíos que para no morir se refugió en la religión católica. Y así fue: su abuelo judío se casó con su abuela católica para salvarse. El joven volvió al judaísmo como un homenaje al sacrificio de su abuelo.

Yo le digo al mundo que el camino no es odiarnos unos a otros, el camino es respetarnos. Esos movimientos, como los neonazis, me parecen tontearías. Los jóvenes mexicanos, franceses o ingleses no pueden ser nazis, primero porque no vivieron ese momento histórico, y segundo porque no son alemanes.

Quiero que las nuevas generaciones conozcan mi experiencia y la cuento a través de conferencias y pláticas sobre lo ocurrido en el holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Es necesario que todo el mundo entienda que nadie puede decidir sobre si otro tiene o no derecho a vivir.

## Directorio

Presidencia del CONAPRED y de la Junta de Gobierno,  
Gilberto Rincón Gallardo.

### JUNTA DE GOBIERNO

Pablo Muñoz y Rojas, Eugenia del Carmen Diez Hidalgo, Ernesto Javier Cordero Arroyo, Gustavo Nicolás Kubli Albertini, Mauricio Hernández Ávila, Bernardo Fernández del Castillo Sánchez, Jorge Santibáñez Romellón, Ramón Díaz de León Espino, Patricia Espinosa Torres, Lorena Martínez Verduzco, Luis de La Barreda Solórzano, Miguel Carbonell Sánchez, Arturo Díaz Betancourt, Carmelina Ortíz Monasterio de Molina, Lourdes Arizpe Schlosser, María Eugenia Antúnez Farrugia, Liliana Rojero Luévano, Martha Laura Carranza Aguayo, Blanca Araceli Fajardo Martínez, Laura Bartel Hoffer, Adriana González Furlong, María del Refugio Hernández, Pedro Barojas de Rosas, Guillermo Octavio Huerta Ling, Rogelio Arias Pérez, Raúl Medina R.

### ASAMBLEA CONSULTIVA

Rosa María Álvarez de Lara, María Eugenia Antúnez Farrugia, Roberto Javier Blancarte Pimentel, José Luís Buendía Hegewisch, Renee Dayan Shabot, Mario Luis Fuentes Alcalá, Olivia Joanna Gall Sonabend, Roberto Gutiérrez López, Claudia Hinojosa Corona, Arturo Díaz Betancourt, Ana María Latapí, María Angélica Luna Parra, Covadonga Pérez Villegas, Alejandro Quintero Novella, Rogelio Hernández López, Jesús Eduardo

Toledano Landero, Estela Andrea Serret Bravo, Néstor de Buen Lozano, Paloma Bonfil, María de la Luz Lina Casas Martínez de Gargari

### CONAPRED

Dirección General Adjunta de Estudios, Legislación y Políticas Públicas, JOSÉ LÓPEZ VILLEGAS

Dirección General Adjunta de Quejas y Reclamaciones, VILMA RAMÍREZ SANTIAGO

Dirección General Adjunta de Vinculación, Programas Educativos y Divulgación, JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ ESPÍNDOLA

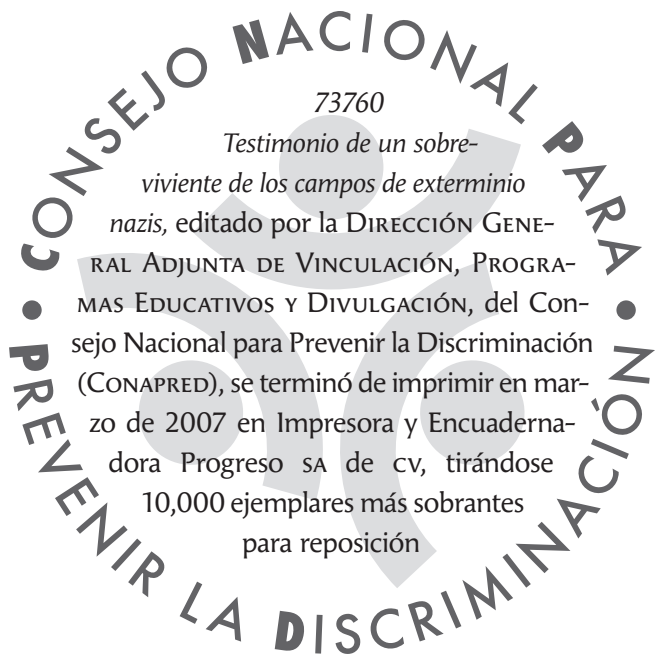
Dirección de Administración y Finanzas, JOSÉ LUIS PÁEZ CABALLERO

Dirección de Coordinación Territorial e Interinstitucional, MARÍA JOSÉ MORALES GARCÍA

Dirección Jurídica de Planeación y Evaluación, JAVIER MORENO GARCÍA (ENCARGADO DE DESPACHO)

Programa de Atención a las Demandas Ciudadanas y Problemas de la Diversidad Sexual en Materia de Discriminación, ARTURO DÍAZ BETANCOURT

Programa para la Defensa de los Derechos y la Dignidad de las Personas con Discapacidad, AMALIA GAMIO RÍOS



73760

*Testimonio de un sobreviviente de los campos de exterminio nazis*, editado por la DIRECCIÓN GENERAL ADJUNTA DE VINCULACIÓN, PROGRAMAS EDUCATIVOS Y DIVULGACIÓN, del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED), se terminó de imprimir en marzo de 2007 en Impresora y Encuadernadora Progreso SA de CV, tirándose 10,000 ejemplares más sobrantes para reposición